

RENCORES

El segundo caso del inspector Pruna

Albert Villanueva



Primera edición: septiembre 2023
©Derechos de edición reservados.

Azur Grupo Editorial.
www.azureditorial.com
info@azureditorial.com
Colección: Narrativa

©AlbertVillanueva

Edición: Azur Grupo Editorial
Corrección: Carlos C&M
Maquetación: Silvia Martínez Gil
Diseño de portada: Silvia Martínez Gil
Imagen cubierta cubierta; AdobeStock

ISBN: 978-84-19983-17-6
DEPÓSITO LEGAL: AL 2336-2023

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor.

Azur Editorial no tiene por qué estar de acuerdo con las opiniones del autor o con el texto de la publicación, recordando siempre que la obra que tiene en sus manos puede ser una novela de ficción o un ensayo en el que el autor haga valoraciones personales y subjetivas.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917021970/932720447)

IMPRESO EN ESPAÑA - UNIÓN EUROPEA

A mi madre. Evidentemente, a ella

A todos aquellos que han ido conformando la historia de Gavà

Todos los lugares que aparecen en esta novela son reales y los puedes encontrar fácilmente paseando por una ciudad pequeña como Gavà. Los bares, restaurantes, calles y plazas por donde se mueven Pruna y los suyos, existen en la actualidad.

He intentado describir, de la manera más realista posible, cada uno de los escenarios históricos. Ojalá una vez leída la novela nazca en el lector el deseo de venir a Gavà y descubrir los importantes restos del pasado que la ciudad atesora.

Lo mismo sucede con los personajes históricos y algunas tradiciones que aparecen durante el desarrollo de la trama. Todos están ampliamente contrastados y documentados.

Pero los personajes y los hechos narrados, aunque pueden estar inspirados en sucesos reales, están recreados con la libertad que da la imaginación. Únicamente aparece un personaje actual real. Se trata de Noemí Casado, la directora de la Unidad de Patrimonio del Ayuntamiento. Desde el primer momento me ofreció las máximas facilidades para visitar algunos de los lugares históricos que aparecen en la novela y aceptó el «cameo» que le propuse. Espero que no se sienta defraudada con su papel...

Así pues, el siguiente relato debe considerarse fruto de la poca o mucha invención del autor. Nunca debería servir para atribuir acciones o conductas concretas a personas reales, actuales o del pasado.

*El rencor es como tomar veneno
y esperar que mate a tus enemigos.*

Nelson Mandela

*Nada en la tierra consume a un hombre más rápidamente
que la pasión del resentimiento.*

Friedrich Nietzsche

—No temas. Te prometo que no sufrirás al morir.

La cara del joven expresaba un terror intenso, acuoso, apelmazado por las horas, no sabía cuántas, que llevaba encerrado en aquella pequeña habitación. Se había despertado estirado sobre una cómoda cama, en una estancia decorada con unos pocos muebles de Ikea. Hacía mucho tiempo que no tenía tantas comodidades a su alrededor. Pero rápidamente se percató de que la única puerta estaba cerrada por fuera y no había manera de abrirla. Las ventanas también estaban aseguradas y era imposible ni siquiera subir la persiana. Fue en ese momento cuando comprendió que estaba prisionero de no sabía quién y ni por qué.

La puerta tenía una abertura de poco más de dos palmos a la altura de los ojos. Y así fue como pudo ver el resto de la estancia. Ante él, contempló otra puerta y lo que parecía un pequeño comedor. En la puerta de la otra habitación, que también disponía de una rendija y estaba cerrada, le pareció vislumbrar una mirada temerosa. Unos ojos huidizos y asustadizos que desaparecieron rápidamente al escucharse unos pasos que se acercaban.

Cuando el resbalón de la cerradura cedió, en el umbral apareció la figura de un hombre que portaba una bandeja con comida y una botella de agua. En él reconoció a la agradable persona que se había detenido a hablar cuando acababa de llegar a la cabaña donde pasaba las noches. Ahora, el rostro afable y relajado de aquel hombre no se correspondía con la situación angustiada que estaba viviendo el joven.

—¿Qué hago aquí?

La pregunta surgió ininteligible. La boca aún pastosa fruto de la droga que debieron suministrarle, la congoja que le constreñía el alma y el uso de un idioma que no era el suyo hicieron que él mismo se sorprendiera del sonido indescifrable que brotó de su boca.

—¿Por qué me ha traído aquí? ¿Qué quiere de mí?

—Te voy a ser sincero —empezó a hablar con un tono de voz severo y distante que no concordaba con la imagen amable de sus gestos y su cara—. Eres una pieza de un juego que va a comenzar. Solo eso. Una pieza de un juego de venganza.

El joven no entendió absolutamente nada de lo que transmitían aquellas frías palabras y un silencio viscoso y desolador le mordió la garganta sin permitirle hablar.

—Tal vez te preguntes que por qué tú... No pierdas el tiempo. Eres solo una pieza secundaria en el juego. El peón que se sacrifica para conseguir el triunfo... Tampoco tienes tanto que perder. Ya lo perdiste todo en su momento.

El hombre había dejado la bandeja en el suelo y seguía hablando desde la puerta. El joven, sin fuerzas y sin consuelo, se había sentado en la cama. Ni siquiera pensó en la posibilidad de atacarle e intentar huir. Algo en su interior le decía que no había nada que hacer.

—Solo puedo darte las gracias por formar parte de mi plan. Por eso, hasta que llegue el momento de tu muerte, quiero que te sientas bien, que no te falte de nada, que no padezcas innecesariamente. Ya sé que te puede sonar extraño... Pero necesitaba piezas para la partida que voy a jugar y nadie mejor que gente como tú... Gente que lo ha perdido todo, gente que no ha ganado nunca...

El joven no fue capaz de levantar la mirada que tenía clavada en el suelo. Era inútil luchar por intentar comprender lo que estaba pasando. Las palabras que escuchaba se alzaban desde la garganta de un loco y ahora era él quien parecía abocado a una demencia insana que le llevaría a la muerte.

—No temas. Te prometo que no sufrirás al morir.

1

Miquel tenía prisa por abandonar Gavà y todo lo que representaba. A las diez menos cuarto salía por la puerta del cementerio tras depositar en la tumba de su madre las tres rosas que Julia le acercó cuando los operarios tapiaron el nicho. Y fue ella también quien le transmitió cariño cuando le apretó el brazo al quedarse solos ante la tumba de Josefa. Pero él ya no volvió a llorar. Ya había gastado todas las lágrimas la noche anterior.

Se despidió de Julia con un beso en la mejilla y un escueto «gracias» con el que quería decir muchas cosas. No hubo más. Ni un «hasta luego» ni un «te llamaré». Solo aquel «gracias» con que marchaba sin la intención de recuperar nada de lo que había sido, mucho tiempo atrás, en aquella ciudad.

Poco después de las diez entraba en la comisaría. Había quedado con su equipo para despedirse y poder huir lo antes posible, no fuera a ser que algún fantasma del ayer apareciera a última hora y se empeñara en encadenarlo a su pasado.

Primero pasó por el despacho del intendente Berenguer y le agradeció con un fuerte apretón de manos su disponibilidad y el apoyo personal que le había brindado desde el principio. No era normal intervenir en la investigación que implicaba a algún familiar, pero él no solo se lo había permitido, sino que le había amparado en todo momento.

Sus compañeros tomaban café relajadamente en el despacho que les habían prestado desde que se hicieron cargo del caso.

—¿Esto es un adiós? —La pregunta de la sargento Ávila brotó mientras Miquel se sentaba en una de las sillas libres.

—Sí. Un adiós rápido y sin demasiadas parafernalias —le contestó—. Muchas gracias por tu profesionalidad, Mila. Nos has sido de gran ayuda. Llegarás lejos.

En ese momento, y de manera abrupta, la puerta del despacho se abrió y apareció el intendente con el rostro desencajado.

—Tal vez no deberías marchar, Pruna —habló desde el umbral—. Al menos, de momento...

—¿Qué sucede? —Fue el cabo Molina el que interpeló al intendente ante la cara de sorpresa del inspector.

—Han encontrado un cadáver en el parque arqueológico de las minas neolíticas de Can Tintorer.

—¿Cuándo? —Ahora fue la sargento la que reaccionó.

—En el momento de abrir el museo. Lo han localizado en la galería que hay visible al público dentro del parque.

Pruna pareció abandonar el estupor que la entrada del intendente Berenguer le había provocado. Este cerró la puerta tras de sí, como si se tratara de una confidencia que mereciera la máxima cautela.

—¿Es alguno de los trabajadores del museo?

—No lo sabemos. Pero creo que tendríais que acercaros y ver con qué os encontráis.

—Venga, Berenguer... Envía a alguno de tus hombres —rebatía Pruna—. ¿Crees que hace falta? ¿De verdad que puede tratarse de un asesinato?

—No lo sé. Pero el cadáver presenta una trepanación en el cráneo.

Empieza el juego.

Ha llegado el momento de hundirlo, de acabar con él de manera definitiva.

De hacerle sufrir como hemos sufrido todos. De hacerle pagar su desdén y su prepotencia. De que se trague su orgullo igual que los otros nos hemos tragado la bilis y el resentimiento durante todos estos años.

Empieza el juego.

Ha llegado el momento de devolverle todo el dolor y todo el desprecio del que se ha vanagloriado.

Pensaba que no me llegaría nunca el momento. Pensaba que ni en cien vidas tendría la oportunidad de verle arrastrarse como el gusano que es.

No, no es rencor. Son miles de rencores acumulados en el alma y en la garganta. Afónico de gritar en silencio, ahora ha llegado el momento de hacer explotar todos esos rencores y verlo caer, suplicando un perdón utópico y que, poco a poco, verá inalcanzable.

Antes de morir se dará cuenta de que está muriendo. Antes de morir deseará que se acabe su agonía. Porque él empezará a morir con cada una de las muertes que van a llegar.

Empieza el juego.

2

Los escasos ochocientos metros que separan la comisaría del recinto arqueológico de las minas neolíticas, recorridos con las sirenas aullando y en dos vehículos que bajaron la avenida Eramprunyà a una velocidad más que considerable, solo dieron para un comentario.

—Creo que Gavà no va a dejarte marchar, Miquel —resopló el cabo Molina nada más subirse al coche.

—Tiene poco sentido lo que ha dicho el intendente —atajó Pruna sin disimular la desgana y el fastidio que todo aquello podía significar—. Seguro que lo aclaramos rápido. O mejor, tal vez no tengamos ni que intervenir nosotros.

—¿Ha dicho trepanación?

No hubo tiempo para la respuesta. El vehículo se detuvo junto al callejón de entrada a la plaza del recinto tras pasar el control que la Policía Municipal había establecido al principio de la calle Jaume I. El movimiento de guardias y sanitarios era importante. Y la acumulación de vecinos curiosos, en los extremos de la vía y en los balcones del edificio de color azul que ocupaba toda la manzana, demostraba la expectación que se había creado. Las ventanas del instituto Bruguers, con entrada en la acera de enfrente, también se mostraban repletas de jóvenes que veían más interesante lo que sucedía en la calle que lo que podía desarrollarse en las aulas.

El edificio, perimetrado por una estructura de planchas de hierro oxidado que actuaban como paredes, ocupaba 4000 m² y, desde hacía más de veinte años, se había convertido en un gran centro de ocio cultural que permitía revivir la prehistoria.

El acceso, en una fachada acristalada, estaba literalmente tomado por grupos de policías que hablaban entre ellos, tal vez comentando la sorpresa del hallazgo del que habían sido avisados. La comitiva encabezada por Pruna y Molina les hizo callar al tiempo que intercambiaban unos saludos más protocolarios que otra cosa. La sargento Ávila y la *mossa* Fresno caminaban un par de metros por detrás.

Nada más traspasar la puerta de entrada, una joven, delgada, nerviosa y con el pelo recogido en una coleta, se acercó hacia ellos mientras los dedos de sus manos se retorcían en una muestra de angustia incontrolable.

—Buenos días. Soy Noemí Casado, la directora de la Unidad de Patrimonio del Ayuntamiento —les dijo sin esperar ser preguntada—. Bueno, la nueva directora. Solo hace diez días que estoy en el cargo.

—Buenos días, señora Casado —saludó Pruna—. ¿Es, por tanto, la encargada de este recinto?

—En realidad soy quien se ocupa de gestionar la administración de esta instalación y del museo de la ciudad, así como del resto del patrimonio cultural de Gavà. Y también me encargo de la parte programática.

—¿Ha sido usted la que se ha topado con el cadáver?

—No, no... Yo estaba en mi despacho del museo y me han llamado poco antes de la hora de apertura.

—¿Quién lo ha encontrado?

—Los guías que se encargan de las explicaciones a los grupos escolares. Esta mañana teníamos un par de visitas y ellos siempre llegan antes de la hora de apertura.

—Que es...

—A las diez. Esa es la hora a la que abrimos de martes a domingo.

Pruna tenía prisa por inspeccionar el cuerpo y el lugar donde habían localizado el cadáver, así que decidió interrumpir la conversación.

—Si le parece, señora Casado, seguimos hablando después. Ahora necesitamos ver el cuerpo.

Los pasos de Pruna parecían los de un hombre cansado y desanimado, de un hombre temeroso de encontrarse con algo que le alejara definitivamente de sus previsiones. Él, que deseaba escapar definitivamente de Gavà tras haber enterrado a su madre, temía que el cadáver que les esperaba en algún lugar de aquel recinto le retuviera para mortificarle con sus recuerdos y con sus suspiros del pasado.

El espacio acristalado y luminoso de la recepción se convertía en un ambiente mucho más sosegado al traspasar la puerta custodiada por un par de *mosso*s. Ante los policías se abrió una amplia extensión que no necesitaba iluminación artificial, pues la cubierta, soportada por un entramado de vigas de celosía, permitía la entrada de luz natural. En las partes más próximas podían distinguir un conjunto de pasarelas de madera que parecían marcar el recorrido de la visita. Todo el espacio estaba trufado por vitrinas y paneles expositivos.

—Joder, parece un queso gruyere —comentó Molina que había avanzado hacia el espacio que ocupaba lo que parecía la mina principal.

El resto del grupo se había quedado clavado en la entrada, maravillado por aquel edificio que evocaba una excavación arqueológica en pleno funcionamiento. Al escuchar a Roc, parecieron salir de su ensimismamiento y avanzaron hasta donde les esperaba el cabo. Y, entonces sí, pudieron observar con detenimiento todos los caminos contruidos con láminas de madera por encima de las excavaciones practicadas en el suelo. Se encontraban dos o tres metros por encima de una serie de galerías que perforaban el terreno siguiendo caminos que iban de aquí para allá, bifurcándose y formando pozos y cámaras de diversos tamaños. Una serie de barandillas metálicas protegían a los visitantes para que pudieran observar los restos prehistóricos sin riesgo alguno de accidentes o caídas.

Miquel Pruna no recordaba así aquel espacio. Él había llevado allí a su madre muchos años atrás en una de sus visitas, al poco de que el yacimiento fuera abierto al público. Recordaba cómo le había sorprendido ver todas aquellas cavidades y, sobre todo, escuchar la explicación que decía que toda aquella zona de Can Tintorer, por donde tanto había jugado de niño, estaba totalmente perforada por unas explotaciones mineras que tenían más de seis mil años de antigüedad.

Se negó a seguir recordando, pues eso era lo que más temía. Sabía que, en los recovecos y en los túneles de su pasado, le estarían esperando fantasmas hambrientos de sus miedos y sus dolores. Así que ahuyentó las imágenes del ayer y se concentró en un presente que tampoco parecía mucho más seductor.

—¿Dónde está el cuerpo? —Acompañó la pregunta con un golpe en la barandilla metálica. El choque del anillo con el hierro pintado de verde le hizo mirarse la mano y acariciar el aro dorado que unía su dedo con su pasado más sangrante—. Tenemos que verlo antes de que llegue el juez.

—Está en la reproducción de la mina que visita el público —respondió Ávila—. La señora Casado me ha comentado que nos acompañará.

—Pues ve a buscarla, Mila. No perdamos más tiempo.

Solo pasaron un par de minutos hasta que la sargento volvió con la directora del parque. Y a paso rápido y sin mediar palabra alguna llegaron ante una puerta negra situada en la parte derecha del recinto.

—Aquí comienza la reproducción —comentó Noemí Casado mientras la abría—. Son unos cincuenta metros de recorrido. Por lo que me han dicho los guías, el cuerpo está en la sala central.

—¿Han tocado algo? —Molina lanzó la pregunta mientras cogía uno de los cascos que había a la entrada.

—No. Los guías han avisado nada más encontrar el cuerpo. Nadie más ha vuelto a entrar en la galería. Es lo que nos han recomendado cuando hemos dado el aviso.

—Bien —intervino Pruna—. No hace falta que usted entre. Espérenos aquí, por favor. Por cierto, ¿es necesario el casco?

—Para las visitas es obligatorio por seguridad. En su caso —y dirigió la mirada hacia el cabo— no creo que sea necesario. Pero vayan con cuidado en las partes más bajas de la galería.

—...—

El cabo Molina fue el único que se puso el casco ante la sonrisa burlona de sus compañeros. Lo que sí hicieron todos fue ponerse unos cubrepies para preservar las posibles huellas.

Tras la puerta, unas escaleras fabricadas con el mismo tipo de listones de madera que las pasarelas les permitieron descender hasta las galerías visitables.

—No me jodas que esto lo hicieron los gavanenses de hace miles de años —musitó Molina tras dar apenas los primeros pasos en aquella galería.

—Ya has oído a la directora, Roc —intervino la *mossa* Fresno—. Esto es una reproducción.

—No soy imbécil, nena... Hasta ahí llego... Me refiero a que me parece imposible que pudieran llegar a excavar cosas así en aquella época. Pero estas galerías son muy estrechas, ¿no? ¿Cómo lo hacían para vivir aquí?

—Ya te vale, Roc... —El bufido de desgana de Pruna sonó con un ligero eco entre aquellas paredes—. Estamos en una mina. No son cuevas habitadas. Son de la época neolítica, donde los humanos ya vivían en poblados de manera estable. De aquí extraían un mineral curioso que utilizaban como ornamento. No recuerdo qué nombre tiene.

Un entramado de corredores y túneles se abría ante ellos. No les dio tiempo a muchos comentarios más. Tras recorrer unas cuantas de aquellas angostas galerías, llegaron a un espacio mucho más ancho que parecía servir como distribuidor de otros pasadizos. Allí, en lo que parecía una entrada en la pared, encontra-

ron el cuerpo. Colocado en posición fetal, estaba rodeado de una serie de objetos entre los que destacaban a simple vista diversos recipientes de cerámica, algunas piedras con formas curiosas y algunos collares.

—¿Qué coño es esto? —La pregunta del cabo Molina consiguió sacar al resto de sus compañeros del ensimismamiento en el que parecían sumidos.

—Esto es raro de cojones —exclamó Pruna mientras se acercaba al cuerpo. Cubierto con unas harapientas pieles de animal, en su cabello descuidado y sucio destacaban dos agujeros en la parte posterior del cráneo.

El inspector se agachó junto al cadáver mientras se ponía unos guantes de látex. Pero no llegó a tocarlo. Prefería mirar el conjunto de la escena sin tocar absolutamente nada. Porque una cosa sí tuvo clara desde el principio: aquello era una escena diseñada con algún propósito que se le escapaba. El lugar, la disposición del cuerpo y de los objetos y la vestimenta del joven que yacía a sus pies no eran cosas improvisadas. Y eso no podía ser bueno. Pruna lo supo desde ese mismo momento. Alguna cosa se escondía en esa representación mortuoria.

—Haced algunas fotos con el móvil antes de que llegue el juez —ordenó—. Esto nos va a traer muchos problemas —acabó musitando como si hablara consigo mismo.

La sargento Ávila fue fotografiando el cuerpo desde diferentes ángulos y se centró después en reseñar gráficamente todos los detalles que se ofrecían en aquel pequeño espacio. Mientras, Pruna se había apartado unos metros e intentaba aceptar todo lo que aquello significaba. Sus deseos de marchar de Gavà una vez enterrada su madre se habían desvanecido a raíz de la entrada del intendente Berenguer en la sala de comisaría donde estaba despidiéndose de sus compañeros. Y aquella puesta en escena le convencía de que volver a Egara, el complejo central de la Policía de la Generalitat, debería esperar.

—¿Inspector Pruna? —La voz que lo rescató de sus pensamientos resonó con eco desde la entrada—. Ha llegado el juez.

Pruna avanzó por la estrecha galería y, a los pocos pasos, se topó con la comitiva judicial. Al juez Guillén le acompañaba el secretario judicial, el médico forense y dos miembros de la científica.

—Buenos días, Pruna. Nos volvemos a ver demasiado pronto. ¿Qué tenemos?

El inspector explicó a los recién llegados cómo se había producido el hallazgo y lo que habían encontrado en aquellas galerías. Era siempre el primer paso antes del levantamiento del cadáver y el juez escuchó atentamente las explicaciones.

Cuando el policía acabó de hablar, comenzó la actividad. Un miembro de la científica preservó primeramente las manos del cadáver con unas bolsas de polietileno. Siempre era necesario preservarlas para evitar la destrucción o alteración de posibles evidencias. Ese fue el momento en que los compañeros de Pruna abandonaron el lugar. No era necesaria su presencia allí y el inspector los envió a hablar con los jóvenes que habían encontrado el cadáver.

Una vez protegidas las manos, los miembros de la científica se repartieron el trabajo y, mientras uno comenzaba a grabar en vídeo los detalles del cadáver, el otro marcaba los indicios, los objetos y las evidencias antes de ser recogidas. Miquel Pruna comprobó la minuciosidad de aquel proceso y cómo el médico forense iba narrando todo lo que veía mientras el secretario judicial lo iba apuntando.

—¿Qué son esas marcas en el cráneo? —El juez se dirigió con voz tenue al inspector y este, perdido en sus pensamientos, tardó en reaccionar.

—Según nos han comentado, es una especie de trepanación —contestó finalmente.

—Todo esto es muy extraño. Espero que no se nos vaya de las manos... Imagino que no debe llevar documentación.

—A simple vista, no. Esos ropajes que lleva no creo que tengan bolsillos... De todas maneras, no he querido tocar el cuerpo.

—¿Cómo narices han traído el cuerpo hasta aquí sin que nadie lo haya visto? Porque está claro que no lo han matado en este lugar... ¿Ha revisado ya las cámaras de seguridad, inspector?

—Todavía no, señoría. La verdad es que nos ha pillado por sorpresa.

—Como todos los crímenes...

—Quería decir que no nos esperábamos tener que actuar. De hecho, estábamos a punto de marchar de Gavà.

—Pues me parece que van a tener que quedarse ustedes unos cuantos días más, ¿no cree?

—...—

Pruna abandonó la réplica de aquella mina sabiendo que los trámites de la científica y del forense se alargarían un buen rato. Sentía que no estaba preparado para esto. A aquellas horas él debería estar camino de Sabadell, dejando atrás Gavà, alejándose de su pasado y llevándose el recuerdo de su madre.

Una vez cerrado el caso de la muerte de su progenitora y toda la historia de venganza que se había desarrollado los días anteriores en la residencia de ancianos, Miquel sabía que definitivamente ya nada le unía a su ciudad. El último eslabón, su madre, se había ido diluyendo poco a poco en aquellos años de desgaste causado por el alzhéimer. Y al final, un pacto de amistad del que él no tenía constancia le había evitado acabar devorada por el olvido. Aún no sabía discernir si estaba de acuerdo con aquel pacto firmado por sus padres y su grupo de amigos. No se veía capaz de juzgarlo. ¿Quién era él para hacerlo?, se había preguntado la noche anterior mientras velaba el paso de las horas y el recuerdo de su madre.

En el vestíbulo del complejo reinaba un silencio insólito, ya que el ir y venir de los policías y los grupos que estos habían formado para hablar con el personal parecían indicar que era imposible la ausencia de bullicio. Pero a Pruna le pareció que

todo el mundo se esforzaba por hablar con un tono bajo, como si quisieran respetar el cadáver que a pocos metros era objeto del primer análisis. También podría ser, pensó Miquel, el miedo a la muerte, que de manera tan cercana y sorpresiva había llegado a aquel recinto.

Sus compañeros se habían repartido en dos grupos y hablaban con unos jóvenes que desde lejos ya mostraban su nerviosismo y su angustia. En el centro del vestíbulo, sola, con la cabeza entre las manos, Noemí Casado, la directora de la Unidad de Patrimonio del Ayuntamiento, se revolvía desasosegada en una silla.

—¿Cómo se encuentra, señora Casado? —Pruna acercó una silla para sentarte a su lado.

—Como comprenderá, he tenido días mejores... No creo que nadie esté preparado para algo así. Tal vez ustedes estén acostumbrados a tratar con asesinos y con víctimas...

—Nadie se acostumbra a la muerte, señora Casado. Se lo puedo asegurar.

Las miradas del inspector y de la directora fueron a encontrarse en un punto distante de aquella luminosa sala. Habían estado hablando sin confrontar sus rostros, como si ambos se avergonzaran de mostrarse sus inquietudes.

—¿Sabe cuánto tardarán en llevarse el cuerpo?

La pregunta pareció retornar a Pruna a aquella sala. El tiempo se había desvanecido en aquel instante, y no podía precisar cuánto había durado el silencio sepulcral.

Girándose hacia la directora, cuyos ojos se perdían en la lejanía, Miquel respondió con cautela:

—Creo que aún tardarán un rato. La labor que están llevando a cabo ahí dentro es crucial para la investigación.

—¿Se vuelve alguna vez a la normalidad cuando la muerte te visita de esta manera?

Una vez más, Pruna se refugió en el silencio, consciente de que aquella conversación estaba cargada de interrogantes y emociones entrelazadas. ¿Cómo explicarle a aquella mujer que la

muerte viene para quedarse, que difícilmente se olvida? ¿Cómo hacerle entender que solo se sobrevive aprendiendo a aceptarla, aprendiendo a recordarla?

—Se tarda bastante —contestó finalmente, sabiendo que sus palabras eran solo un destello de la verdad que ambos compartían.

La frase se deslizó entre ellos, deteniéndose en el aire mientras se negaban a ser prisioneros de más minutos de silencio.

—Usted no ha visto el cadáver, ¿verdad, señora Casado? —Pruna lanzó la pregunta mientras sacaba su teléfono móvil.

—No. No he querido entrar. No me gusta ver muertos. Soy muy aprensiva.

Miquel estuvo a punto de decirle que era muy joven para eso, que seguramente la vida aún había respetado a sus más allegados, que tarde o temprano nos toca a todos encararnos con la defunción de algún ser querido. Y que después de eso, vemos la muerte de otra manera, como un paso más e inevitable. Pero en lugar de alargar esos comentarios metafísicos, decidió ejercer definitivamente su papel de policía.

—Lo de ahí adentro parece una escena sacada de un museo de la prehistoria. —Y aprovechó para visualizar algunas de las fotos que había tomado en la galería—. ¿Qué cree usted que quiere representar esto?

Noemí Casado, con la mano temblorosa, tomó el móvil que le acercaba Pruna. Pasó algunas fotos e hizo *zoom* para ver algunos detalles antes de contestar:

—Tal como está colocado el cuerpo y por los objetos que hay a su alrededor, yo diría que imita un enterramiento de la época neolítica.

El silencio del inspector actuó como una verdadera pregunta que hizo continuar a la directora del complejo.

—El cuerpo está en posición fetal, que era como se enterraba en aquella época, descansando directamente en el suelo. ¿Ya saben quién es el fallecido?

—No. Aún no se han realizado las pruebas de identificación. ¿Lo pregunta por algo en concreto? ¿Lo conoce?

—No, no —contestó volviendo a una fotografía para ampliarla al máximo—. Es un chico joven... Hasta eso han cuidado a la hora de montar la escena...

—¿Por qué lo dice? —preguntó Pruna.

—Por lo que puedo apreciar en la foto no se trata de una persona muy alta... No debe llegar al metro setenta. Y, aunque tiene el pelo descuidado y sucio, diría que no pasa de los treinta años.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Tenga en cuenta, inspector, que la esperanza de vida en el Neolítico se situaba alrededor de los treinta años. Y según los estudios, la altura media en los hombres de esa época era de metro sesenta y cuatro. Es mucha casualidad que el muerto cumpla con esas características, ¿no cree?

Pruna no sabía lo que creía, pero tenía claro que lo que comentaba la joven directora no hacía más que complicar la situación. Estaba claro que no se enfrentaban a un asesinato corriente. Nadie monta una escenografía de este tipo si no es por algún motivo especial.

—¿Y qué me puede decir de esos objetos que hay alrededor del cuerpo? —volvió a preguntar.

—El ajuar. En esos recipientes de cerámica, por lo que observo en la imagen, hay granos de trigo y de cebada, que eran los cereales que se cultivaban en esta zona. Y vea que también hay un pequeño collar de variscita, que era el mineral que se extraía de estas minas.

—No entiendo nada —exclamó Pruna—. ¿A qué viene este interés por hacer una representación tan fidedigna?

—Como comprenderá, inspector, yo no puedo responder a esa pregunta... Pero está claro que el que lo ha hecho, conoce ese período histórico.

—¿Y qué me puede decir de la trepanación?

—Ese es otro hecho destacado... No solo porque era relativamente habitual... Piense que solo en la península ibérica se han contabilizado casi noventa casos de cráneos trepanados. Pero es que aquí, en las minas de Gavà, se localizó uno.

—¿Quiere decir con eso que la escena es un homenaje a estas minas?

—No lo sé —contestó rápida la señora Casado—. Pero está claro que el cráneo trepanado y la Venus, son los dos grandes descubrimientos de este yacimiento. Y, visto lo visto, no debe ser casual que forme parte de la escena que han querido disponer ahí dentro.

Pruna se mesó los cabellos en un signo de desespero mientras sentía la tensión acumulándose en cada uno de sus músculos. Su mente trabajaba frenéticamente, tratando de descifrar el enigma que se ocultaba detrás del cuerpo sin vida encontrado en aquel lugar. Pero era pronto para encajar las piezas del rompecabezas.

Un bufido de frustración escapó de sus labios. Cada vez tenía más claro que aquel cadáver había sido colocado allí con un objetivo que, de momento, desconocía completamente, pero sabía que lo mantendría atado a Gavà durante una temporada.

3

La comitiva judicial acabó su trabajo cerca del mediodía. El cuerpo fue trasladado al Instituto Anatómico Forense para una autopsia que Pruna y sus hombres esperaban que ofreciera un poco de luz a las tinieblas en que estaban sumidos.

Ninguno de los policías recordaba haberse enfrentado antes a una puesta en escena de este tipo. Estaban sorprendidos y superados por una situación inaudita, pero sabían que solo el trabajo y la concentración permitirían encontrar un hilo, por fino que fuera, del cual tirar. No obstante, en ese momento se sentían desubicados y no sabían qué paso era el primero que debían dar. Fue la sargento Ávila la que tomó la palabra ante la inacción de sus compañeros:

—Todos los trabajadores del complejo están en estado de *shock*. Y no me extraña... Nadie está preparado para algo así. De ellos no sacaremos nada. Pero me sorprende que no haya saltado la alarma... Deberíamos mirar las grabaciones de las cámaras de seguridad.

—Hace un rato ha llegado el técnico de seguridad —comentó Fresno—. Han tardado en localizarlo, pero ya está aquí. Es aquel que está sentado en aquella esquina.

En el otro lado de la sala, apartado y solo, un joven que difícilmente llegaría a la treintena consultaba nerviosamente el móvil. Pruna indicó a Ávila y a Molina que buscaran cualquier cosa que pudiera ser interesante en las grabaciones y pidió a la *mossa* Fresno que lo acompañara en su charla con aquel muchacho.

—Buenos días —dijo al llegar junto a él y mientras se sentaba en una de las sillas que había a su lado—. Soy el inspector Pruna. Nos han dicho que tú eres el encargado de seguridad.

—Bueno, soy quien se encarga de activar las alarmas y el sistema de vigilancia —dijo con una voz suave que denotaba su nerviosismo—. Pero el control corresponde a la empresa de seguridad que hay contratada.

—¿Y te llamas?

—Sergi. Sergi Palau.

—Eres muy joven, ¿no? —preguntó Fresno.

—Tengo veintisiete años. —Tartamudeó un poco, fruto, seguramente, de la inquietud ante una situación de ese calibre—. Llevo dos años trabajando aquí.

—Han tardado en localizarte. ¿Dónde estabas?

—Había salido a trotar un poco. Tengo una media maratón este fin de semana... Y me dejé el móvil en casa. No he visto las llamadas hasta que no he vuelto.

«¿Otro de esos jóvenes adictos al *running*?», se preguntó Miquel. «¿Cómo se puede salir a correr con este calor?». Hacía unas semanas que había leído un artículo que hablaba de la *runnerexia*, lo que alguien había etiquetado como la enfermedad del corredor. Se había reído mucho poniendo la cara de algunos de sus conocidos a cada uno de los síntomas que se comentaban en aquel escrito... Como aquellos corredores que en la escuela eran incapaces de resolver una regla de tres y ahora se atrevían a proyectar el tiempo en el que acabarían una carrera sabiendo el ritmo que marcarían y viceversa. O aquellos otros que consideraban que correr sin GPS es como no haber corrido... Si no quedaba grabado el recorrido, era como si no lo hubieses hecho. Y si lo compartes en tus redes sociales, es como si lo hubieses hecho doble. Son aquellos que acaban con dolor de brazo de tanto estirarlo para enseñarlo en público... Gente que no recuerda la fecha del cumpleaños de sus hijos o del aniversario de boda, pero que no duda en recitar las marcas de las carreras de los dos últimos años... «Gilipollas», alejó Pruna la imagen de su cabeza.

—¿En qué consiste tu trabajo aquí, Sergi?

El joven se mostró sorprendido por la obvia pregunta del policía. Y eso pareció ponerlo más nervioso aún mientras buscaba una respuesta convincente.

—No entiendo qué quiere decir —contestó al fin—. Como usted ha dicho, soy el técnico de seguridad...

—¿Hay cosas de valor en este recinto? —preguntó Fresno.

—¿Valor económico? ¿Valor cultural? ¿Valor científico? Eso es difícil de cuantificar. —El joven había ido ganando en seguridad—. Todos los museos se enfrentan a la necesidad de preservar una herencia artística, histórica o científica para las generaciones futuras. Pero al mismo tiempo, necesitan exponerla para beneficio del presente. Y, evidentemente, hay que minimizar los riesgos.

—Está claro que quien ha entrado aquí no lo ha hecho con la intención de robar. Los ladrones de museos deben buscar otro tipo de objetivos, ¿no?

—Mire, inspector... Hay dos tipos de ladrones de bienes históricos: los que buscan conseguir un rescate del museo o de la compañía de seguros y los que esperan revender el objeto robado. Pero está claro que este recinto no debe de estar en la lista de ninguno de esos delincuentes. ¿Se han llevado algo de lo que hay expuesto?

—Pues la verdad es que no lo sé —contestó Pruna—. Nos hemos centrado en el cadáver que han encontrado en la galería. Supongo que la directora y los técnicos harán el inventario por si ha desaparecido alguna pieza. La verdad es que no había pensado en ello.

—Me extrañaría mucho. Esta exposición es eminentemente didáctica. No se me ocurre qué cosas de valor podrían ser interesantes. Pero, bueno, yo no soy especialista en esos temas.

—Exacto —intervino Fresno, que parecía interesada en abreviar cuanto antes aquella charla—. Tú te dedicas a la seguridad. Dinos, ¿cómo es posible que haya entrado alguien sin que hayan saltado las alarmas?

—Pues no lo sé. Evidentemente, las alarmas se activaron al cierre del edificio.

—¿De qué tipo de seguridad dispone el edificio? —Ahora fue el inspector el que lanzó la pregunta.

—Lo cierto es que se trata de una bastante antigua... Estamos en trámites de realizar un cambio a una estructura mucho más moderna. El próximo mes se llevará a cabo la reforma. La organización de la vigilancia atiende a la sala de exposición, a la galería y a los accesos usuales y no usuales del edificio. Disponemos de un circuito cerrado de televisión, de grabación nocturna y de protección electrónica.

—Por lo tanto, las cámaras deberían haber grabado la intrusión...

—Para que una instalación antirrobo sea eficaz, debe ser inviolable y tener un mantenimiento adecuado. Dudo mucho que el que ha hecho esto no se haya encargado de anular los sistemas de protección. Las alarmas no han saltado.

—¿Y eso es fácil de hacer?

—Con una instalación antigua como esta y con los conocimientos necesarios, sí.

—...—

Como habían imaginado, las cámaras de seguridad no habían grabado nada, pues parecían haber sido inhabilitadas, al menos durante un par de horas. Sergi Palau, el joven encargado de la seguridad, les había explicado que las alarmas podían haber sido anuladas con un inhibidor de frecuencia. El nuevo diseño que se instalaría próximamente era mucho más efectivo y seguro, pero los sensores actuales que cubrían las entradas y el espacio del parque arqueológico se podían inutilizar con un aparato electrónico que creara una potente interferencia capaz de cortar la comunicación de cualquier tipo de señal inalámbrica.

Ausencia de huellas, ausencia de motivos. El equipo de Pruna estaba desconcertado. Tal vez nunca se habían encontrado

ante una situación tan extraña. Nadie se toma todas aquellas molestias para un simple asesinato. Toda aquella puesta en escena debía de tener un sentido que no eran capaces de dilucidar. Y eso era lo que más les preocupaba, pues sabían que solo podía significar que habría más muertes, que el asesino quería jugar con ellos a un juego macabro y sangriento.

La autopsia y la identificación del individuo se mostraban como las únicas vías que, tal vez, les permitirían avanzar. Pero, a la hora que era, la información no llegaría hasta el día siguiente. Así pues, solo les quedaba esperar el paso de las horas, aunque eso para Pruna significara tener que volver a dormir en casa de su madre, aquella casa que custodiaba sus recuerdos y que creía haber cerrado de manera casi definitiva.

Comieron un bocadillo en el bar La Candela, a medio camino entre el complejo de las minas y la comisaría. Poco se habló en aquella mesa y los mordiscos lentos y las miradas perdidas eran reflejo del desconcierto que había atrapado a los cuatro policías.

El *mosso* que estaba en la recepción de la comisaría los hizo pasar al despacho del intendente Berenguer en cuanto los vio aparecer por la puerta. La conversación fue breve.

—Esto no pinta bien, Pruna. Siento que tengas que quedarte unos días más aquí. Poned todo el esfuerzo posible en solucionar el caso cuanto antes. Es una prioridad. Pedidme lo que necesitéis.

No había mucho más que agregar. En una ciudad como Gavà, tranquila y sin sobresaltos, una muerte de este tipo era una anomalía. Una prioridad... Miquel Pruna sabía cuál era su prioridad y era el primer interesado en acabar cuanto antes y escapar de aquellas calles que parecían empeñadas en atraparlo y no dejarlo marchar.

Aunque debían esperar la autopsia, Ávila y Fresno decidieron intentar la identificación del cadáver. Sería como buscar una aguja en un pajar, pues solo disponían de las fotografías que habían realizado con el móvil. Encontrar aquella cara en las bases de datos de personas desaparecidas o en la de delincuentes fichados iba a ser, aparte de tedioso, casi utópico.

Pruna y Molina no tuvieron una dedicación mucho más amena. Comenzaron con el papeleo de los informes. La maquinaria de la burocracia los tuvo enfrascados más de una monótona hora. Y fue a media tarde cuando la casualidad, siempre inesperada y azarosa, vino a ofrecerles un golpe de suerte.

—Tenemos algo —irrumpió la sargento Ávila en el despacho donde Pruna y Molina bostezaban ante el ordenador.

No esperaron ninguna otra palabra. Salieron tras la policía, que avanzaba con rapidez y que ni siquiera se había girado para comprobar que sus compañeros la seguían.

Al entrar en la sala, encontraron a Fresno charlando con otro *mosso*. Pruna se acercó al monitor que mostraba una ficha con un rostro demacrado y airado. El inspector no pudo evitar un arrebató que mezclaba decepción y rabia.

—¿Qué es esto?

—¡Joder, este tío no es el cadáver! —gruñó Molina reafirmando la frustración de su superior.

—No, no... Olvidaos del monitor —empezó a hablar Fresno—. La solución nos la ha dado Lluís.

Todas las miradas se posaron en el joven *mosso* que se había retirado un par de pasos del grupo. Su rostro experimentó un inevitable sonrojo y sus ojos buscaron las puntas de sus botas para disimular la inquietud.

—La sargento y yo —continuó Fresno— estábamos verificando la base datos en el ordenador sin ningún resultado. Por suerte, ha pasado por aquí Lluís y nos ha dado conversación. Ha debido vernos al borde del colapso por aburrimiento...

—Él ha reconocido la fotografía del móvil —intervino Ávila y, seguidamente, inquirió con la mirada al joven.

—Es Jenkin —titubeó nervioso ante la expectación con que lo observaban—. Pero todos lo llamaban Juanito.

Las miradas inquisitivas le hicieron comprender fácilmente que su silencio sobraba, que no tenía que esperar preguntas para explicar todo lo que supiera.

—Jenkin es, o era —farfulló— un vagabundo holandés que llevaba una buena temporada en Gavà. Yo vivo en los pisos de la avenida Juan Carlos I, los que hay cerca del Home del mil·le·ni. Allí hay un supermercado Consum. Juanito estaba cada tarde sentado en la puerta con su perro esperando la limosna de los que salían con la compra.

—¿Por qué Juanito? —La pregunta de Pruna pareció romper el hilo conductor que el joven *mosso* había conseguido hilvanar. Le costó un poco reemprender su explicación y buscó ayuda en la mirada amiga de Fresno.

—Por lo que sé, Jenkin es el equivalente de Juan en holandés. Las cajas del súper empezaron a llamarle Juanito a los pocos días de instalarse por allí.

—¿Conflictivo? ¿Tiene ficha?

—¡Qué va! Era un buen chaval. Nunca dio problemas. Iba a lo suyo, pero era simpático y agradable. La gente lo conocía y él saludaba a todo el mundo.

Poco más les explicó, pero Pruna sabía que aquello era de lo poco que tenían a lo que agarrarse. La decisión estaba clara: había que visitar el supermercado e intentar conseguir algunas respuestas que les permitieran conocer algún dato más del malogrado Jenkin.

—...—

Faltaba poco más de una hora para el cierre del supermercado y no había demasiada clientela en el interior del edificio. Los reponedores aprovechaban para abastecer unas estanterías que demostraban que había sido un día provechoso para uno de esos espacios que habían acabado con el comercio de barrio que hacía años que había desaparecido inexorablemente de las ciudades. Pruna rememoró brevemente cuántas veces su madre lo había enviado al colmado de su calle a comprar un producto olvidado, aunque fueran horas intempestivas. Recuerdos de una época fini-

quitada por la modernidad de las grandes superficies y sustituida por los badulaques paquistaníes.

No les costó encontrar a la encargada del local, una mujer cercana a la cuarentena que los recibió con una sonrisa amable en el rostro. Sonrisa que se truncó en un rictus de nerviosismo cuando se presentaron como miembros de la Policía autonómica. Y nerviosismo que la bloqueó hasta el punto de que le costó una eternidad decirles su nombre, sin darse cuenta de que Yolanda Colomé aparecía escrito en la placa que lucía en la camisa a rayas blanca y naranjas de su uniforme.

—Tranquilícese, Yolanda —intentó calmarla el cabo Molina—. Solo queremos hacerle algunas preguntas.

—Discúlpenme, nunca había estado rodeada por cuatro policías.

—Por favor —dijo Pruna al comprobar que aquella mujer estaba más pendiente de las miradas de sus compañeros y de los escasos clientes que de sus preguntas—, no se sienta cohibida. Nada más lejos de nuestra intención. ¿Podemos ir a un lugar un poco más tranquilo?

Yolanda los guió hasta una pequeña sala a la que se accedía a la altura de la sección de panadería. Las taquillas que ocupaban el espacio indicaban a las claras que era el espacio donde se cambiaban los trabajadores del local. Yolanda y el inspector Pruna se sentaron en uno de los bancos de madera mientras el resto de los policías se quedaron junto a la puerta en un intento de no incomodarla.

—Yolanda, queremos preguntarle por una persona. Nos será de mucha ayuda que nos diga todo lo que sabe de ella.

La sargento Ávila se acercó y le mostró la fotografía del cadáver encontrado en las minas neolíticas. Había buscado la imagen donde menos se veían las trepanaciones del cráneo.

—¡Por Dios! ¡Es Jenkin! ¿Qué le ha pasado?

Costó varios minutos conseguir que aquella mujer se recuperara de la impresión causada por el rostro exánime que había

visto en la pantalla del móvil. La experiencia les decía a los policías que el impacto de la muerte necesitaba siempre un tiempo de asimilación, así que no tuvieron prisa en hacer hablar a Yolanda. Al final fue ella misma la que, una vez calmada, retomó la conversación.

—¡Pobre Juanito! ¿Quién le ha hecho eso? ¿Y cuándo? Con razón hacía días que no lo veíamos...

—¿Cuánto hace que no lo veían por aquí? —Pruna encontró en aquellas palabras algo que podía tener importancia en la investigación—. Le ruego que haga memoria, porque podría ser un dato importante.

—Yo creo que hace cinco o seis días que no aparecía —respondió—. Una semana como mucho. Pero eso lo sabrá mejor Irene. Es la que más contacto tenía con él.

—¿Dónde la podemos encontrar?

—Está en la caja número cinco.

El inspector hizo una seña hacia la puerta y Fresno salió rápidamente de la sala. No tardó más de dos minutos en volver acompañada de una joven que recogía su cabello rubio con un coiletero de colores estridentes. No llegaría a los veinte años y también parecía nerviosa.

El impacto al ver la foto de Jenkin aún fue superior al de su compañera y el llanto acudió a sus ojos. Pruna dejó que fuera Yolanda la que se encargara de consolarla y tranquilizarla y se apartó para hablar con su grupo. Pasaron diez minutos hasta que la joven no se vio con el ánimo suficiente para responder a las preguntas de los policías.

—Yo hablo un poco de neerlandés. Hice el Erasmus en Ámsterdam. Por eso era quien más hablaba con Juanito.

—¿Qué nos puedes decir de él?

—Era muy buen chico. Con mala suerte, pero un encanto de chaval.

—¿Por qué dices que con mala suerte?

—Llegó a España hace un año. Había conocido a una chica el verano anterior, durante unas vacaciones en Salou. Siguieron

en contacto unos cuantos meses a través de WhatsApp y videollamadas. Hasta que el padre de Juanito murió en un accidente de coche. Su madre había fallecido siendo él un niño.

»Por lo que me explicó, la muerte del padre fue un palo muy duro para él. Y entonces convenció a su novieta para venirse a España. Pero, por lo que se ve, ella se arrepintió en el último momento y no fue a recogerlo al aeropuerto tal y como habían quedado. A partir de entonces, no volvió a contestarle ningún mensaje. La perdió. Era imposible encontrarla. Solo tenía un nombre.

»En otros tiempos, cuando se escribían cartas, hubiera tenido una dirección. Pero ahora, ni eso... Se encontró solo y hecho polvo en Barcelona. Tenía una depresión de caballo.

Pruna quedó en silencio, golpeado en lo más profundo. Era una historia que le resultaba familiar, que le agitaba las entrañas. El cabo Molina salió en su ayuda cuando vio cómo mutaba el rictus de su superior.

—¿Cómo vino a parar a Gavà?

—Por casualidad —respondió la joven Irene, que teñía de afecto sus palabras—. Tras unos meses en la capital, malviviendo y gastando el dinero que había traído, se encontró viviendo en la calle. Y, por lo que contaba, esa vida en la ciudad es muy dura. Así que un día, tomó el tren, sin dirección fija y, no sabía por qué, se bajó en Gavà. Y aquí se quedó.

—¿Dónde vivía?

—En la calle. En la montaña. Dormía en alguna cabaña que había encontrado por la zona del Calamot. Y empezó a venir por las tardes a la puerta del súper. Se sentaba allí con un perro que no se separaba de él. La gente vio que no daba problemas e iba dejándole cosas. Algunos le daban monedas, otros le compraban algunos alimentos. Nosotras, las trabajadoras, también le sacábamos lo que podíamos.

—Por lo que sabemos, se llamaba Jenkin —intervino Pruna una vez que pareció recuperar el ánimo—. ¿No sabrás el apellido?

—Sí. Yo siempre le llamaba Juanito El Grande... Porque su apellido es De Groot, que se traduciría así. Jenkin De Groot.

La sargento Ávila iba apuntando en su libreta todos los detalles que le parecían importantes y, evidentemente, subrayó ese nombre una vez se lo enseñó a Irene para ver si estaba bien escrito.

Los clientes más rezagados se apresuraban en llegar a las cajas cuando los policías abandonaron aquel pequeño vestuario. Era la hora del cierre y las dos mujeres acompañaron a los policías hasta la puerta.

—Ahí es donde siempre se ponía Juanito —señaló Irene con un hilo de voz antes de recibir el tierno abrazo de su compañera.